

**HOY MARTES 6
DE JUNIO DE 1989**

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ **La invasión de Tlatelolco**

■ **Hoy, reunión de la OEA**

Convertidos por decisión propia en prefectos de la pureza diplomática mexicana, los miembros de la fracción parlamentaria del Partido Popular Socialista ocuparon la oficina del secretario de Relaciones Exteriores, en el piso 19 de la torre de Tlatelolco, para vigilar que la posición de México en la reunión de la OEA que hoy se reanuda, "se deslinde claramente de la del gobierno norteamericano y asuma la defensa de la soberanía del pueblo panameño". La inopinada invasión produjo enojos. Debiera haber provocado las discretas sonrisas que las personas bien educadas esbozan ante el ridículo ajeno. ■

Formalmente, esos legisladores nada tienen que ver con el asunto. La política exterior la ejerce el Presidente de la República. Si una Cámara tiene que ver con el tema, es el Senado, no la de Diputados. Políticamente, el PPS representa poco en el escenario nacional: el número de sus diputados hoy, y el de sus votos el seis de julio anterior, tienen que ver con su cercanía de entonces a Cuauhtémoc Cárdenas, no a su presencia tradicional, que nunca llegó a ser significativa y menos lo será en adelante. Su antiimperialismo mecánico, de recetario, funcionaba al ser expresado por don Vicente Lombardo Toledano, pero no cuando ha disminuido el rango de sus expositores. En la Comisión Permanente el diputado Armando Ibarra llegó a manifestar paladinamente que su partido está a favor del general Manuel Antonio Noriega, cuando que los sectores más sensibles de la opinión nacional se dolieron no de que se le condenara, porque su corrupción y antiguas ligas con el imperialismo —para usar el lenguaje propio del tema— lo hacen ineludiblemente condenable, sino de que la cancillería hubiese tomado como propio, por las consideraciones tácticas que se quiera, un pleito que no es el suyo.

Durante décadas, el PPS y sus diputados jugaron a la segura. Eran partidarios

del gobierno, aun de uno represor de estudiantes como el de Díaz Ordaz, y achacaban todos los males mexicanos al imperialismo. En el sexenio pasado intentaron sus dirigentes distanciarse de la administración priísta y, como adolescentes reprimidos en día de asueto, no supieron que hacer con su libertad. Perdido el rumbo, se suman a las peores causas: en la huelga magisterial de abril y mayo llegaron algunos de sus voceros a hacer la defensa de Jonguitud, a pretexto de que defendían la autonomía sindical. En la disputa interna del Frente Democrático Nacional entre el *talamantismo* y el cardenismo, se adhirieron a aquella corriente, censurando el antigobiernismo del PRD, pero practicándolo ellos mismos como ahora. Su insólita acción, impropia de las personas de edad provecita que son varios de los legisladores ocupantes de la Torre, es más una presencia ante las cámaras fotográficas y de la televisión, que una actitud política eficaz. Pura escenografía, pues, que no dejará más huella que los humores concentrados de una pequeña multitud en oficinas cerradas. Porque uno se pregunta qué harán los parlamentarios solferinos cuando demoradamente les lleguen las noticias del resultado de la junta a orillas del Potomac: si la postura mexicana no se

ajusta a su idea del patriotismo, ¿se quedarán allí en plantón permanente, dejando descuidadas otras comarcas de la vida nacional requeridas de su vigilancia?; ¿alguno, de entre los más vehementes, se inmolará arrojándose hacia la avenida Ricardo Flores Magón, envuelto en el pendón tricolor?; a semejanza de sus odiados adversarios del PAN, ¿instalarán una cancillería paralela, en la sombra o legítima, para practicar la política exterior que debe ser?.

Pero dejemos de trivializar, tentación a que nos ha orillado la invasión solferina. Su gesto, que no es un *beau geste*, puede ser el típico ejemplo de lo sublime fallido porque una posibilidad es que la reunión de la OEA decida...volver a reunirse, simplemente. A pesar de las excelencias diplomáticas del canciller ecuatoriano Diego Cordovez, alma del triunvirato que a su vez invadió a Panamá, la misión que le confió el organismo interamericano no parece haber tenido ningún resultado, pues los enviados no conciliaron a nadie y no aseguraron la transferencia del poder, como lo disponía la resolución del 17 de mayo. Quizá demanden la apertura de un nuevo plazo, más esperanzados en que la dinámica propia de los acontecimientos panameños atempere las pasiones, que en la efi-

ca de la fórmula intervencionista en que, lo admitan o no los protagonistas, incurrió la OEA. (Adviértase cómo, en contraste, y no obstante la infinita mayor gravedad de los eventos chinos, donde la sangre de miles de personas corre a raudales, el secretario general de la ONU prefiere atenerse a la no intervención porque lo ocurrido allí, razona, es asunto interno).

En privado, funcionarios del gobierno mexicano admiten que el apresuramiento y la imprevisión produjeron una declaración errónea, la del 14 de mayo. En su discurso de presentación del Plan Nacional de Desarrollo, el propio Presidente de la República pareció aceptarlo también porque sólo aludió (es decir, se refirió sin mención expresa al asunto) a Noriega, que en el peor de los casos es lo que debió hacerse en el multicitado comentario de la cancillería. Pero a juicio nuestro, menos grave fue ese desliz que el voto en la junta que da origen a la de hoy. Si se llegara en esta oportunidad a una votación de fondo, es de esperarse una postura mexicana que sin perder la eficacia que obsesiona en Tlatelolco no se aleje de formas y principios que no han caducado. Si así fuera, la opinión nacional aplaudirá con calor semejante al de su crítica.